

# **“Pegan a un niño”, 100 Años**

Enrique Alba

## **Introducción**

Muchas lecturas se han hecho después de 100 años sobre este artículo, y ésta solo pretende ser una más. Por supuesto, una más, es solo una en particular. Y como tal una colaboración a la nueva separata “Texto en contexto” de esta revista en ocasión de cumplirse los 100 años de la publicación “Pegan a un niño”. La misma no podría hacerse sin ubicarse en una transmisión de lecturas, las mías, que no son sin referenciarse a la consigna de Lacan de los años 50 “un retorno a Freud”. Desde esa época mucho tiempo ha transcurrido, toda una enseñanza de más de 30 años que se puede recorrer en la lectura de sus textos, seminarios, conferencias, entrevistas y que merecen una profunda reconsideración de esa obra para poder sacar algunas conclusiones. Mi trabajo no pretende ser una reseña de las múltiples citas de Lacan sobre diversas consideraciones sobre este artículo de Freud, sin embargo, no podría haber sido sin ello. Podríamos decir que el mismo implica un retorno a la lectura no solo de Freud, sino también de Lacan. Hubiera pretendido también hacerlo extensivo a otros autores, de lo cual solo hago alguna indicación, que espero en algún momento puedan ser retomadas.

Es también la forma de orientar las tres fases de la fantasía “pegan a un niño” como tres tiempos lógicos de un decir en los cuales se articulan los destinos de la pulsión. La pretensión de incluir en el desarrollo a otros autores hubiera excedido las posibilidades de esta presentación, con lo cual me limito a hacer alguna mención, contando con poder retomar esas ideas en otro momento.

## Presentación

En el mes de enero de 1919 S. Freud comienza a escribir un artículo, que según le comenta a Ferenczi, trataría sobre el masoquismo y que se publicaría en julio de ese año bajo el título “Pegan a un niño”. Contemporáneamente, en los primeros meses de ese año escribe “Más allá del principio del placer” y “Lo Ominoso”. Hacía unos meses que había sido publicado su caso “De la historia de una neurosis infantil” (1918), conocido también como “El hombre de los lobos”, reseña del tratamiento de un joven ruso llevada a cabo entre febrero de 1910 y julio de 1914, y que, al retornar a Viena en marzo de ese año, retomará su análisis con Freud de noviembre del 1919 hasta febrero de 1920. Si bien en “Pegan a un niño” no hay ninguna referencia a este caso son múltiples las consideraciones que en él hace sobre el masoquismo, que fuertemente impresionaron a Freud, llevándolo a repensar algunas intervenciones que replantearon algunos aspectos de su técnica, las modalidades de intervención y lo concerniente a la interrupción del tratamiento, consideraciones que prefiguran los “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919). Es también durante 1918 que Freud inicia el análisis de su hija Ana, del cual tomara parte del material de su trabajo y que llevó a Anna Freud a escribir “Las fantasías de flagelación y las ensoñaciones” (1922), con el cual se presenta como miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena.

Ahora bien, este artículo, en el que Freud formulara sus consideraciones sobre la fantasía, las perversiones y las diferencias sexuales, debemos de recordar que lo hace a partir de seis casos, que son “cuatro mujeres y dos hombres”, por lo que debemos considerar que el trabajo se desarrolla, como en el caso del hombre de los lobos, sobre fantasías que se presentan en el análisis de adultos, y no de niños; si bien en estos podría llegar a colegirse las mismas consideraciones, si fuera posible, considerando las particularidades que pueda presentar cada caso.

El trabajo se divide en seis apartados. Si bien Freud no los subtitula, podríamos considerar, por las temáticas que toman, al I dedicado a la presentación de la representación fantasía “pegan a un niño” y su “confesión”; al II al rasgo primario de perversión en la fantasía como destino del masoquismo; el III, sobre las fases de la fantasía y su desarrollo; el IV, los contenidos de la fantasía, la conciencia de culpa y el amor; el V, la génesis de las perversiones; y el VI, la fantasía y la diferenciación de los sexos. Quizá de los 6, el último es el que más dudas promueve, el más inconcluso y el que generará más desarrollos y controversias en sus futuros trabajos. El II y el III estarán dedicados fundamentalmente al problema del masoquismo y el comienzo de su cambio de perspectiva al considerar al masoquismo como primario y encontrando en éste el origen de la conciencia de culpa, anticipación de lo que desarrollará en “El problema económico del masoquismo” (1924). Podríamos ubicar este trabajo como prolegómeno del giro que tomará su perspectiva clínica, teórica y técnica a partir del “Más allá del principio del placer” (1920). Y es en esa perspectiva, del más allá, la que nos presenta, acá, hoy, una serie de consideraciones que revitalizan en lo actual del análisis la fantasía “pegan a un niño”

Es en este contexto que Freud reformula su concepción sobre la representación fantasía, que en 1905 considerará como “representaciones no destinadas a ejecutarse” (VII, p. 206), que lo lleva en 1920 a agregar una nota en la que considera a las fantasías formando parte de la génesis de los síntomas y de los sueños, incluso también presentes en aquellos casos “exentos de una enfermedad manifiesta”, diferenciando así la fantasía del fantasear de los sueños diurnos, rescatando en ella la idea de una *imago* formadora del cuerpo, que participa de todo acto humano. Por más que en este trabajo pueda considerar bajo la noción fantasía tanto lo recordado y plausible de conciencia, que es como se presenta la representación fantasía recordada como aquella que en ningún caso accederá a la conciencia, marcará diferencias que profundiza las relaciones tópicas, y no solo dinámicas y descriptivas, entre fantasías inconscientes y fantasías conscientes.

tes o preconscientes; diferencias a considerar en los desarrollos sobre las fantasías inconscientes en Melanie Klein; las escenas primordiales, los orígenes de las fantasías o las fantasías de los orígenes, en Laplanche y Pontalis; las fantasías, el fantaseo y el objeto transicional en Winnicott; y lo que Lacan sostendrá como la estructura y la lógica del fantasma en su relación con el sujeto. Cada una de estas perspectivas merecerían un desarrollo de por sí, que no es propósito de este trabajo pero que podría ser importante para profundizar en la trascendencia de estos ejes freudianos.

## Las “fases” de la fantasía

Si bien Freud se centra en la representación fantasía “pegan a un niño” a la que toma en su particularidad en este artículo, los caracteres y las modalidades en que se presenta la fantasía en sus diferentes fases, bien podrían ser extensibles a cualquier fantasía en cuanto articula la estructura de una lógica y la forma de ser abordada. Por eso el trabajo sobre las fantasías - determinante en toda la clínica de Freud desde los *Estudios sobre la histeria*- vemos que en el caso del hombre de los lobos pasa a tomar un carácter fundamental. Freud aborda la fantasía desde una perspectiva que hace de la misma uno de los ejes fundamentales en la orientación de la cura, algo tan central que hace de la fantasía el organizador del sueño, de los síntomas, de las formas de elección del objeto de amor y el eje del trabajo analítico.

De entrada, la fantasía, en lo que se plantea como fase I, en el caso del que tratamos y en el trabajo del análisis, se presenta de una forma paradójica, pues si bien “a esta fantasía se anudan sentimientos placenteros” que pueden abrir una satisfacción onanista, su confesión no es sin resistencias, con titubeos, que movilizan sentimientos de vergüenza y de culpa. Como dice Lacan en el cap. VII del Seminario 4 (p.117) “este comportamiento del sujeto es ya una señal que marca un límite- no es lo mismo jugar mentalmente con el fantasma que hablar de él”. Y es que, en el relato de esta fantasía configurada por

tres personajes, el agente del castigo, el otro que padece la acción, y el sujeto del relato, que la cuenta, en el momento de la “confesión”, se sitúa de entrada en relación a un Otro radical, más allá de la escena, para el caso, el analista. En este momento, que remite a la tensión interna de los personajes implicados en la confesión, el sujeto se sostiene en una tensión anticipatoria, en tanto que la relación al Otro abrirá el juego de las posibles significaciones que se desarrollarán en las variaciones y vacilaciones de la fantasía. Durante esta fase I cambiarán a la vez el vínculo del sujeto fantaseador con el otro de la fantasía y el agente de la paliza, siendo siempre el azotado el otro, y el sujeto fantaseador se constituye en la escena como observador-relatante. Freud dice que la fantasía de esta fase seguramente no es masoquista; se la llamaría sádica, pero agrega que no debe olvidarse que el niño fantaseador nunca es el que pega y, agregaremos, tampoco el pegado, por lo que no podría ser masoquista. Sin embargo, esto no implica necesariamente que no encuentre una satisfacción en el mirar como es azotado el otro, al que llegará a considerar su rival por el amor del padre.

El “probablemente yo estoy mirando” de la fase III, en la que se “aproxima de nuevo a la primera”, pone de relieve esta situación que requeriría un desarrollo particular de las relaciones del sadismo y la mirada. Aquí se conjuga la pulsión escópica con el sadismo, y podríamos pensar que el ver es expresión de lo activo del mirar, voyeurismo, que no deberíamos confundir con el sadismo. En este punto se evidencia lo secundario del lugar que ocupa el dolor en el sadismo, siendo la dimensión de dominio primaria a éste, que como aclara Freud, sería el fundamento “de los empeños del niño que quiere hacerse señor de sus propios miembros” (XIV, p. 125) y que nos problematiza en las consideraciones sobre el origen del dolor, en tanto se vincula con “la compasión” (VII, p. 175) que se organiza en la relación con el otro. Recalquemos el lugar que ocupa el otro en la compasión, sin el cual sería, según Freud, difícil hablar de dolor, en especial si consideramos que el mismo es una experiencia profundamente subjetiva.

En este trabajo se perfilan con más claridad las diferentes formas del trastorno hacia lo contrario en tanto vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad, como también la vuelta hacia la propia persona (XIV, p. 122) implicados en los opuestos sadismo-masoquismo, mirar-ser mirado, como así también los opuestos amor-odio, considerado en los destinos de la pulsión, como el trastorno en cuanto el contenido.

Del “*pegan a un niño*”, de la fase I, pasando por “el padre le pega al niño que yo odio porque me ama a mí” llega a “el padre me pega”, en la fase II, donde concluye en la esencia del masoquismo como castigo por la referencia genital prohibida del amor del padre y el sujeto del relato como su sustituto regresivo del que es pegado. En este límite se ha operado una sustitución esencial, “el niño azotado ha devenido otro; por lo regular es el niño fantaseador mismo”. Esta situación, que nos recuerda a ese momento del destino de la pulsión en que “el sujeto narcisista es permutado por identificación con un yo otro, ajeno” (XIV, p. 127) donde se resuelve el trastorno hacia lo contrario, de los opuestos sadismo-masoquismo y placer de ver-exhibición. Y en el “*Pegan a un niño*” agrega: “la fantasía se ha teñido de placer en alto grado y se ha llenado de un contenido sustantivo”. Si en la fase I “la fantasía satisface los celos del niño” en tanto azota al niño odiado, en la fase II, “sucumbe el amor por el padre”, ya que “el padre no ama a ese otro niño, me ama solo a mí”.

Desde esta última forma de la fantasía, fase II, se instituye lo que llama la fase III, que se aproxima de nuevo a la primera en la que el texto comunicado retoma la forma “*pegan a un niño*”, sin llegar nunca en sus variaciones a hacer del padre el agente de la paliza como podría ser en la fase I, “el padre pega al niño que yo odio”, o en la II, “el padre me pega”. Si en la fase II el yo sustituye al otro, en la fase III el agente de la paliza pasa ser otro del padre. Además, la fantasía de esta fase es “portadora de una excitación intensa, inequívocamente sexual, y como tal procura la satisfacción onanista”. Es en relación a esta fase que quizá deberíamos entender lo que llama Freud “el masoquismo genuino” que encuentra “su satisfacción sexual exclusivamente en el onanismo”, en escenificaciones

(*in scener setzen*) en cuyas condiciones se consigue la erección y eyaculación o se habilita para un coito normal; aunque es posible también un masoquismo perturbado en su obrar por representaciones obsessivas de intensidad insoportables. Esta particularidad será desarrollada en “El problema económico del masoquismo”, que al referirse a “las fantasías de personas masoquistas” agregará que “las escenificaciones (*veranstaltung*) reales de los perversos responden punto por punto a esas fantasías, ya sean ejecutadas como un fin en sí mismas o sirvan para producir la potencia e iniciar el acto sexual”. Freud está marcando en este punto diferencias sustanciales en lo que atañe a las fantasías perversas en la neurosis y lo que deberíamos considerar sus diferencias con lo que llama “una perversión genuina” en la que la escenificación sexual será punto por punto equivalente a la fantasía sin admitir variaciones en su estructura formal, diríamos es monótona.

Hay un cambio de perspectiva en lo que podríamos considerar las relaciones entre “la escena” y “la fantasía”. Si en el hombre de los lobos la fantasía es la forma de realizar en la repetición de la escena primordial, ahora la fantasía se escenifica como forma de repetir lo imposible de acceder a la conciencia. Si lo que Freud buscaba en 1918 era “la escena” que respondía al origen de la fantasía, ahora ese origen queda incierto, pero lo que se mantiene es la efectividad de la fantasía en un relato que constituye una escena. Quizá este problema nos remita a esa vieja historia del “ya no creo en mi neurótica”, que sin embargo lo llevaron a una casi permanente reflexión sobre las diferencias entre la realidad como realidad efectiva (*wirklichkeit*) y la realidad afectiva (*realität*) en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911) y que no cesará de preocuparse hasta sus últimos años, cuando en “Moisés y el monoteísmo” (1939) retoma este problema desde las diferencias entre la realidad acontecida (*Historich*) y lo relatado (*Geshiste*).

Pero quizá uno de los problemas que Freud más trabaja, y que ocupan gran parte del artículo, son los diferentes giros en los que se va desarrollando la fantasía sobre la base del par de opuestos activo-

pasivo y sujeto-objeto. Si bien Freud considera en 1915 que la pulsión es siempre activa, “aun en los casos en que se ha puesto una meta pasiva”, y esto hace que coincida actividad con masculinidad (VII, p. 200), en 1919 esto empieza a complejizarse. No solo en lo que respecta a las diferencias de los sexos en relación a lo activo-pasivo, sino también en las relaciones activo-pasivo en lo atinente al par masoquismo-sadismo y exhibicionismo-voyeurismo, que dejan, como dijimos, de equiparse.

El problema del masoquismo encontrará, desde este trabajo una clara definición que en otros momentos podía haber sido ambigua. Si desde “Tres ensayos” Freud sostenía que sadismo y actividad se contraponen a masoquismo y pasividad, aunque no de una manera definida, en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), parte de la perspectiva de una pulsión de apoderamiento o dominio de otro como objeto, activa, pero no sádica, en tanto su meta no es infringir dolor. Y luego, desde ésta se llega, pasando por el masoquismo pasivo, por sustitución y resignación del objeto por la persona propia, al sadismo activo, por la búsqueda de una persona ajena como objeto, asumiendo sobre sí el papel del sujeto sádico. De esta forma activo y pasivo no coinciden totalmente con sadismo y masoquismo que dependen más de la posición del sujeto con respecto al objeto, ya que hay una pulsión activa, pero no sádica, a diferenciar de una activa pero sádica, al igual que el masoquismo, que puede no ser pasivo.

Será a partir del “Más allá del principio del placer” (1920) que el masoquismo, pasará a ser definitiva y categóricamente primario, resultando activo como efecto subjetivo del momento reflexivo en el cual el sujeto del relato se ofrece a otro, agente de la paliza, después de haberse intercambiado su yo por un yo-otro. Figura que claramente universaliza Sacher Masoch en “La venus de las pieles” por medio del “contrato” en el que fija ese ofrecimiento al Otro en la relación masoquista.

Pegan a un niño muestra algo más, y es el posible plus de satisfacción: que al sadismo-masoquismo se le puede agregar el ver-mos-trarse. No solo el sujeto puede ver y fantasear la martirización de su

rival, sino también ofrecerse masoquistamente en la fantasía y esclarificaciones. En este punto comienza la reflexión sobre esa misteriosa satisfacción directa del padecer, algo que desde *La interpretación de los sueños* Freud venía preguntándose en los sueños punitivos, y que anticipa el más allá del principio del placer.

### **Contenido de la fantasía, contenido de los sueños, contenido de la pulsión**

Cuando Freud arriba a formular que “el contenido y significado de la fantasía de paliza de la primera fase” está en relación al decir: “el padre no ama a ese niño, me ama a mí”, lo efectiviza, en el análisis, según una lógica. Esta lógica se sostiene en la figura de la transformación en lo contrario y la vuelta sobre sí mismo, en el dicho “el padre pega al niño que yo odio”, en el que se constituye el sujeto de la oración que estaba ausente en la forma impersonal del “pegan a un niño”.

Mi impresión es que en esta formulación Freud retoma un viejo problema, que ahora se inscribe en esta diferencia entre el contenido de la fantasía y lo que son los movimientos oscilantes en los que se sostiene la articulación lógica de un decir.

En una nota agregada en 1920 a la *Interpretación de los sueños* (V, p. 502) Freud dice “al comienzo me resultó extremadamente difícil acostumbrar a los lectores al distingo entre contenido manifiesto del sueño y pensamientos latentes... Ahora que al menos los analistas se han avenido a sustituir el sueño manifiesto por su sentido hallado por medio de la interpretación, muchos de ellos incurren en otra confusión a la que se aferran de manera igualmente obstinada. Buscan la esencia del sueño en ese contenido latente y descuidan así el distingo entre pensamientos oníricos latentes y trabajo del sueño”. Freud distinguía así lo que era los contenidos del sueño de lo que formaban los elementos del trabajo del sueño, algo que también debería ser tenido en cuenta en el análisis de la fantasía, tal como es desarrollado en “Pegan a un niño”, en una lógica que se desarrolla

más allá de los contenidos de la fantasía y que implica el movimiento que pone en juego una dialéctica vacilante que Lacan desarrollará en su Seminario *La lógica del Fantasma*.

En este trabajo Freud arriba a la fase II, “mi padre me pega” desde la fase I, en la que a partir de “pegan a un niño” y pasando por “el padre pega al niño”, se deja “traslucir el contenido que luego pesquisaremos”, “el padre pega al niño que yo odio”, siendo este “el contenido y el significado de la fantasía de paliza en su primera fase” (p. 154). Pareciera entonces que Freud, si recordamos “Pulsiones y destinos de pulsión”, se refiere al trastorno hacia lo contrario en cuanto al contenido en la relación amor-odio. Y de esta forma diferencia la transformación en lo contrario en cuanto lo activo-pasivo y la vuelta sobre sí mismo que se observa en la siguiente fase II, que ya no es “pega al niño que yo odio” sino que es “soy azotado” de “indudable carácter masoquista”.

Vemos así una diferencia entre una dialéctica de los contenidos amor-odio y una dialéctica del trabajo sobre la fantasía que va recorriendo, en la transformación en lo contrario y la vuelta sobre sí mismo, que nos recuerda la diferencia entre trabajo del sueño y contenidos del sueño.

Si en “Pulsiones y destinos de pulsión”, la dialéctica del sadomasoquismo y de exhibicionismo-voyeurismo están separadas, en “Pegan a un niño” aparecen de alguna forma articuladas, ya que como dice Freud al referirse a la fase III ésta “se aproxima nuevamente a la primera”, “la persona propia ya no sale a la luz”, como ocurre en la fase II, y “el paciente solo exterioriza: probablemente yo estoy mirando”. O sea, en la fantasía, mirando a aquel que se ofrece a ser pegado encuentra su satisfacción.

Entonces cuando Freud afirma que a la fantasía de la fase I “se la llamaría sádica, pero no debe olvidarse que el niño fantaseador nunca es el que pega” podríamos colegir que la satisfacción del sujeto fantaseador es fundamentalmente voyerista, siendo el sadismo ejercido por el del agente de la fantasía que deviene padre. En esta fase I, que es a la que se aproxima de nuevo en la III, de lo que se trata es de ver cómo le pegan a un niño, mientras que en la II fase la satisfacción

masoquista se realiza viéndose visto como le pegan, a él. Así la satisfacción de la fantasía I es más voyerista que sádica y la de la II sería masoquista genuina, en donde el sujeto de la fantasía se ofrece a la mirada de otro que es él mismo, como diría Freud, “ser mirado por persona propia” (XIV, p. 125). Hay en todo este desarrollo una desarticulación de lo pasivo-activo y sus relaciones con el sadismo masoquismo y el exhibicionismo-voyeurismo que implican al trabajo de la fantasía más allá del amor-odio como contenido de la misma y que hacen a las diferencias entre las fases I y II en lo atinente a los pasajes de la voz activa, miro, a la pasiva, ser mirado. La fase III muestra un nuevo movimiento, pues en la escenificación ya no se trata de mirar a otro ni de ser mirado por la propia persona sino de ofrecerse a “ser mirado por persona ajena” (XIV, p. 125), el Otro al que se ofrece la escena. Hay en esta dialéctica del pasaje de la voz activa a la pasiva y a la reflexiva una gramática que responde a un orden pulsional que le dificultan a Freud seguir sosteniendo las diferencias sexuales sobre la base de la actividad-pasividad y que lo llevarán a relativizarlas en relación a un nuevo orden que llamará fálico en “La organización genital infantil” (1924).

Estos tiempos de la fantasía, que responden, no solo a los contenidos de la misma sino fundamentalmente a una mudanza de las voces activas, pasivas y reflexiva (XIV, p. 123), implican un trabajo sobre el desarrollo de la fantasía, trabajo que responde a las intervenciones de Freud sobre las diferentes formas en que se va presentando como variaciones de una misma estructura, que se organiza en relación a un agente, una acción y a un otro que de diferentes maneras implican al sujeto del relato.

### **La subjetivación como destino de la pulsión**

El sujeto del relato presenta a la fantasía “pegan a un niño” en un tiempo impersonal, o sea donde no se evidencia el sujeto en la oración, o sea el sujeto está ausente. Esta forma de presentación, en la que el verbo se expresa en tercera persona del plural, tiene una forma

sintagmática de un decir que puede ser de cualquiera. Es en este decir impersonal que se presenta el sujeto del inconsciente, como un sujeto borrado en el dicho, por un decir que en realidad lo dice a él. Él es pasivo del dicho. Quien habla no se asume como sujeto del dicho, y parte del trabajo analítico llevará a que en la oración se evidencie el sujeto de la misma en primera persona: “yo odio”. Recién en el “niño que yo odio”, y después de un trabajo de análisis, aparece claramente formulado e implicado como sujeto del dicho en una forma activa. Es en este recorrido de la voz pasiva a la voz activa que se va a operar ese movimiento por el cual “el niño azotado a devenido otro”, o sea que “el sujeto narcisista es permutado por identificación con otro yo, ajeno” (XIV, p. 127). Pero “el verbo en voz activa no se muda a la voz pasiva, sino a una voz media reflexiva” nos dirá Freud (XIV, p. 123). Y no solo en ese devenir otro el sujeto ha devenido el otro azotado, sino que ahora en una fase III se ofrecerá a un Otro en una escena desfigurada.

Está fase III, que presenta la desfiguración de la II, en tanto el agente de la paliza ya no es el padre sino un “subrogante del padre” y el azotado toma múltiples formas hacen a la presencia del Otro del lenguaje que presta a la escena las múltiples articulaciones que posibilita el desplazamiento (metonimia) y la condensación (metáfora). En tanto la fase II permanece como imposible de acceder a la conciencia, solo retornará de una manera desfigurada como una fase III en la que se subjetiviza el sujeto, ausente en la forma impersonal que se presenta en la fase I. Quizá sea esta una manera de presentar el problema de lo reprimido originario que se constituye como tal en el retorno de lo reprimido, ya que de aquel nada se puede recordar y solo se muestra desfigurado secundariamente, como en la fase III.

En esta fase III, la fantasía masoquista despierta en el sujeto del relato, “una excitación intensa, inequívocamente sexual”. La fantasía deja de ser impersonal, como en la fase I, para comprometer sustancialmente al sujeto en una escena efectiva y afectiva sexual en tanto despierta su excitación. No olvidemos que, a diferencia de ésta, en la fase I el sujeto del relato vivía la incomodidad de una confesión por más que pudiera despertar su excitación, o quizá a causa de ésta.

Podemos pensar que, si bien la fantasía en la fase III, en cuanto a su estructura “se aproxima de nuevo a la primera”, el sujeto del relato es otro, ahora implicado subjetivamente. Ahora ante un “nuevo sujeto al que uno se muestra a fin de ser mirado por él”. Y este nuevo sujeto no es sino el Otro ante el cual se muestra. En este punto vale la pena retomar la diferencia que Lacan establece entre el otro del narcisismo, el otro especular, y el Otro del lenguaje. Si el sujeto se ha intercambiado por otro yo-ajeno ahora aparece desfigurado en múltiples variaciones en las que encuentra las formas de representación. Hay una disimetría lógica entre el otro ajeno por el que el yo se intercambia y este “nuevo sujeto al que uno se muestra” (XIV, p. 125). El primero es el constitutivo del yo del narcisismo; el segundo es el Otro del discurso en relación al cual el sujeto se realiza, en tanto es en la relación con el Otro del lenguaje donde se subjetiviza. Como afirma el artista plástico Pablo Suárez: “soy subjetivo porque tengo necesidad de representarme en la representación”. Es claro entonces que es necesario contar con la representación para poder representarse, y esta representación es constituyente de un orden simbólico por el cual el sujeto se ha articulado en el intervalo que se constituye en la vacilación del “intercambio con otro ajeno” – lo que Lacan llama la matriz simbólica del estadio del espejo.

Sobre este punto, en cuanto a la “inserción de un nuevo sujeto”, Jones hace aclaraciones sobre el texto de Freud (nota 18, p. 123, tomo XIV) para destacar que cuando Freud dice *Subjekt* parece designar a la persona que desempeña el papel activo en la relación, el agente. Lacan sin embargo destaca que este nuevo sujeto “no es que ya hubiera uno, a saber, el sujeto de la pulsión, sino que lo nuevo es ver aparecer un sujeto”. (Seminario XI, p. 183). En ese sentido Jones ve a este nuevo sujeto, que no es objeto, como agente, agente de un discurso sin entrever que en el caso el agente, como sujeto, está determinado en su relación con el Otro de la palabra, o sea es un sujeto sujetado al Otro. Volviendo a Suárez, el sujeto, en tanto se representa en la representación, es subjetivo por lo que es soportado en la representación en que se representa. Que pueda estar más o menos velado es otra cuestión, y es por la que Suárez no es Velázquez. Si

Velázquez se insinúa tangencialmente en el cuadro *Las meninas*, Suárez se representa directamente y sin tapujos, a cuerpo entero, en la representación. Quizá por eso su obra es más inquietante y vista como más disruptiva.

De estas tres fases de la fantasía, que en el decir del sujeto intento articular con los tiempos de la pulsión que retoma Lacan en el cap. XV del Seminario 11, y que se podrían corresponder con la mudanza de la voz activa, pasiva y reflexiva en Freud, podríamos pensar que el tiempo de la subjetivación sería el más determinante de la experiencia clínica en tanto el sujeto se ve implicado subjetivamente en la aparición de un nuevo sujeto, inconsciente, en el que se constituye alienado.

De esta forma el masoquismo estaría en los fundamentos del inconsciente, siendo primario en la constitución del sujeto como inconsciente, tesis que recogerá en “El problema económico del masoquismo” y que, en la propuesta de un masoquismo femenino, “clase de masoquismo en el varón” desvinculará radicalmente al mismo de los fundamentos de la diferenciación sexual. Y de esta forma queda relativizada esta problemática a un orden fálico, que determina y organiza las tendencias activas y pasivas como es desarrollado en “La organización sexual infantil”.

## Conclusión

“Pegan a un niño” es un artículo pívot en las concepciones clínicas freudianas, que lo ubican como anticipándose al más allá del principio del placer en la propuesta de un masoquismo originario. Este masoquismo que se revela en lo que llama la fase II, permanece en los fundamentos de un sujeto inconsciente que se anticipa como fase I en su indeterminación y se revela como fase III en una desfiguración que implica al retorno de lo reprimido. Las fases consideradas serán entonces propuestas, no como una sucesión sino como una lógica que articula los tiempos de la pulsión en su determinación

subjetivante. Siendo este el fundamento de todo sujeto, deberá renunciar a la búsqueda de las diferencias sexuales dentro del campo de los destinos de la pulsión para implicarlos en la constitución del sujeto en relación al fallo y la castración más allá de lo activo pasivo. Este camino será allanado, a partir de 1923, por las relaciones con el complejo de castración y la identificación, donde los destinos de la pulsión se realizan como una problemática del sujeto en su relación con el Otro.

Ψ      Ψ      Ψ

**Resumen:** El trabajo es una reflexión sobre “Pegan a un niño” a los 100 años de su publicación. La misma se realiza a partir del lugar que este trabajo presenta dentro del corpus freudiano y algunas reflexiones actuales, que en particular toman algunos caminos abiertos por Jaques Lacan. Se centra en una perspectiva clínica considerando las fases de la fantasía como diferentes formas de un dicho partiendo, como lo formula Freud en su artículo, que la fantasía, en principio se dice. Estas tres fases, que no necesariamente responden a una sucesión cronológica, articulan tres tiempos, que se corresponden con las voces activas, pasiva y refleja, tal cual lo distingue Freud, al ordenar los destinos de la pulsión en la transformación en lo contrario y la vuelta sobre sí mismo. En esta perspectiva el trabajo intentará articular estos destinos con lo que J. Lacan concibe como los tiempos de la pulsión, que concluye en un tercero con la aparición de un nuevo sujeto.

**Descriptores:** Fantasía, Pulsión, Masoquismo, Vuelta contra sí mismo.

*“A Child is Being Beaten”, 100 Years*

**Abstract:** The work is a reflection on "A Child is Being Beaten" 100 years after its publication. The same is done from the place that this work presents within the Freudian corpus and some current reflections, which in particular take some paths opened by Jaques Lacan. It focuses on a clinical perspective, considering the phases of fantasy as different forms of a saying starting, as Freud formulates in his

article, that fantasy, in principle, is said. These three phases, which do not necessarily respond to a chronological sequence, articulate three times, which correspond to the active, passive and reflexive voices, as Freud distinguishes it, by ordering the destinies of the drive in the transformation to the contrary and the turn on itself. In this perspective, the work will try to articulate these destinies with what J. Lacan conceives as the times of the drive, which concludes in a third with the appearance of a new subject.

**Descriptors:** Fantasy, Pulse, Masochism, Turned against oneself.

*“Bate-se numa criança”, 100 Anos*

**Resumo:** O trabalho é uma reflexão sobre " Bate-se numa criança " 100 anos após sua publicação. O mesmo se faz a partir do lugar que este trabalho apresenta dentro do corpus freudiano e algumas reflexões atuais, que, em particular, tomam alguns caminhos abertos por Jaques Lacan. Ele se concentra em uma perspectiva clínica, considerando as fases da fantasia como diferentes formas de um ditado que começa, como Freud formula em seu artigo, que a fantasia, em princípio, é dita. Estas três fases, que não reflete necessariamente uma sucessão cronológica, articulada por três vezes, correspondente ao ativo, passivo e reflete vozes tal que distingue Freud, classificar destinos da unidade na transformação de outra forma e ligue-se. Nesta perspectiva, o trabalho tentará articular esses destinos com o que J. Lacan concebe como os tempos da pulsão, que conclui em um terceiro com o surgimento de um novo sujeito.

**Descriptores:** Fantasia, Pulsão, Masoquismo, Volta contra si mesmo.

**Enrique Alba:** Médico (Universidad Nacional de Rosario, Argentina). Especialista en Psiquiatría. Psicoanalista. Analista Didacta de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (IPA). Director de Análisis Didáctico y Supervisión de APdeBA.

## Referencias

- Freud, S. – las referencias de tomo y pagina corresponden a Obras completas, Amorrortu editores., Buenos Aires, 1986.
- 1900. La interpretación de los sueños.
  - 1911. Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico.
  - 1915. Pulsiones y destinos de pulsión.

1918. De la historia de una neurosis infantil.  
1919. Nuevos caminos de la terapia Psicoanalítica.  
1919. Pegan a un niño.  
1919. Lo ominoso.  
1920. Más allá del principio del placer.  
1921. Psicología de las masas y análisis del yo.  
1923. El yo y el ello.  
1923. La organización sexual infantil.  
1924. El problema económico del masoquismo.  
1937. Moisés y la religión monoteísta.  
Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo. Escritos, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1988  
1956-1957. Seminario 4, La relación de objeto. Ediciones Paidos, Buenos Aires 1994.  
1964. Seminario 11, Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis. Barral Editores, España, 1977  
Sacher-Masoch. (1870). La venus de las pieles. Editorial Tusquets. Buenos Aires, 1999  
Suárez, P. (2019). Retrospectiva, Malba, Caba.

